



Reflexiones del Presidente de Honor

Antonio Ávila Chuliá



OLVIDADO PASADO Y FUTURO

En lo pasado está la historia de lo futuro.

J.M. Donoso Cortés

Terciado el otoño evocamos el Día de los Muertos o Día de los Difuntos, es un acto establecido el 2 de noviembre como remate al Día de Todos los Santos. El papa Gregorio III, durante su pontificado consagra una capilla en la Basílica de San Pedro en honor de todos los Santos, y fija su aniversario para el 1 de noviembre. A mediados del siglo IX, el papa Gregorio IV amplía la festividad a toda la Iglesia. Esto es más o menos lo que uno, el cual acumula vivencias de su lejana juventud, recuerda. Son tiempos para rememorar a nuestros fallecidos sin tristeza, ellos tutelaron nuestros primeros pasos y de un modo u otro nos ayudaron a ser mejores. En este trance, no olvido nunca a mis enemigos, pues me procuraron la oportunidad de desterrar para siempre su tipo de conducta, malos hábitos y costumbres. Siempre se ha atestiguado en tales fechas, en la capital del Turia, como un día de respeto, de añoranza, pero al mismo tiempo de afecto, como medio de expresar nuestros sentimientos por aquellos que quisimos y que ya no están entre nosotros.

En el pasado, antes de ser Reino de Valencia, la ciudad fue musulmana y arriana, pero las costumbres sobre este día conservadas hoy son cristianas, sin mencionar el Halloween como nueva moda importada desde EE.UU; festejo que ha irrumpido en España por el aumento de la cultura estadounidense. Lo cierto es que los folclores que se evocan en Halloween se celebraban en nuestro país antes incluso que existiesen los Estados Unidos de Norteamérica como nación y del actual culto cristiano. Las raíces de esta fiesta están vinculadas con la conmemoración celta del Samhain de origen pagano y la festividad cristiana del Día de Todos los Santos. En la actualidad, entendemos al Halloween como una especie de Carnaval con disfraces y ambiente de temática de terror. Bien esta amoldarse a nuevas modas, sin olvidar que en días tan señalados disponemos de dos alternativas: rendir culto de manera irónica o celebrarlo con respeto, como lo hicieron nuestros mayores y predecesores.

Poseo en mi despacho colgado de una de sus paredes, allí lleva más de treinta años, un azulejo cerámico enmarcado que encarna al dios romano Jano, regalo de un profesional de la Policía. Dios de las puertas, los comienzos y los finales, representado con dos caras, mirando hacia ambos lados de su perfil; es una clase de héroe cultural, puede personificar a un humano que manifiesta aspectos muy disímiles entre sí, o como alusión a la hipocresía. Conocedor del pasado y del futuro, una de su visual se dirige al solsticio de invierno por donde las almas dejan los cuerpos físicos para dirigirse a otros universos. Sin pretender los poderes del dios romano, vivimos en una etapa de exacerbado odio interregional, estrechez de miras, intransigencias de una minoría, incapacidad de los españoles para soportarse los unos a los otros, descalificación del contrario por los hijos de la ira, repletos de odio ciego,

inquina a España alimentada de mentiras flagrantes, lo cual nos aboca hacia la desconfianza venidera. Aunque me esfuerzo no comprendo cómo hemos cambiado tanto y no para bien. ¿Mala memoria del pasado, omisión intencionada?, ignota perspectiva.

De mi juventud recuerdo agradecido, lo he comentado en alguna ocasión, las comidas familiares de los domingos y festivos presididas por mi abuelo; los componentes de la mesa, parientes de ideologías dispares y algunas encontradas, habían aprendido a perdonarse los unos a los otros desde hacía tiempo, gracias a la comprensión y respeto mutuo. El abuelo como patriarca de la familia, viejo republicano autonomista, trataba de inculcar a los comensales que uno de los mayores errores en los políticos era confundir al adversario con el enemigo, solo por pensar diferente. Nunca se cansaba de repetir la necesidad de desterrar los rencores pasados, para mostrar una actitud de concordia, perdón, único camino para construir una España habitada por gentes en paz. Palabras que personalmente creía pasadas, fuera de uso, rancias, trasnochadas, hoy las reconozco imprescindibles y necesarias otra vez.

Hay un proverbio árabe que dice: “Lo pasado ha huido, lo que esperas está ausente, pero el presente es tuyo”, muy bien, ¿pero qué me aguarda en un futuro, en esa parte de la línea temporal que aún no ha ocurrido? pues, según pronostican algunos analistas, conforme aumenten las amenazas a la seguridad nacional o se propaguen de manera peligrosa, los gobiernos verán necesaria la generalización de medidas severas. Muchos de los derechos y libertades de los cuales disfrutamos podrían restringirse de forma drástica. Se patrocinaran políticas de vigilancia de bajo coste y alta tecnología. Las empresas, ansiosas de efectuar un sondeo de las preferencias y conductas de sus usuarios, les será imposible resistirse a tales pautas. Los ciudadanos no tendrán más remedio que aceptar ser grabados hasta el último pormenor de sus vidas.

Lo acaecido es difícil de relegar, en especial si hemos sufrido fuertes emociones, si bien creo seremos capaces de convivir con ello, dejar de lado nuestros naufragios y mirar por el presente y porvenir. Lo pasado, pasado está, no podemos cambiarlo. Nada ganamos con angustiarnos pensando en lo que podría haber sido y no fue; hay que aprender de los errores cometidos, esforzarnos para no volver a caer en ellos. Dejemos atrás el ayer, sigamos adelante. El mundo no se acaba aunque tengas una mala época, al final, se encuentra el modo de hacer que las cosas marchen a nuestro aire. Lo venidero es futuro, hagámoslo esperanzador.

Antonio Ávila Chuliá